

se mutuamente.) Ahora se adelanta... Nos hace señas...

DOLLY

Parece que llora. ¡Pobre señor!...

EL CONDE, con voz grave, avanzando.

Preciosas niñas, no me tengáis miedo. ¿Sois Leonor y Dorotea?

NELL

Sí, señor: así nos llamamos.

EL CONDE, llegándose á ellas.

Pues abrazadme. Soy vuestro abuelo. ¿No me conocéis? ¡Ay! Han pasado algunos años desde que me visteis por última vez. Eráis entonces chiquitinas, y tan monas... Me volvíais loco con vuestra gracia, con vuestra donosura angelical... (Las abraza, las besa en la frente.)

DOLLY

¡Abuelito!

NELL

Yo decia: le conozco.

DOLLY

Por el retrato te conocemos.

EL CONDE

Y yo á vosotras por la voz. No sé qué hay en el timbre de vuestras vocecitas, que me remueve toda el alma. ¿Y cómo es que los dos sonidos me parecen uno solo? Dejadme que os mire bien: ¿serán iguales vuestras caritas como lo son vues-

tras voces?... No, no puedo veros bien, hijas de mi alma. Estoy casi ciego. Vamos, sigamos hacia Jerusa. (Capitán abre la marcha.)

NELL

¡Qué sorpresa tan agradable, abuelito! Pues, mira, te tuvimos miedo.

EL CONDE

¿Miedo á mi, que os adoro?

DOLLY

Senén nos dijo anoche que venías; pero no creímos que llegaras tan pronto.

NELL

¿Y cómo no has venido en el coche?

EL CONDE

Me molesta horriblemente el traqueteo de ese armatoste... y el venir prensado entre personas groseras y estúpidas... No, no... He preferido venirme á pie, sin más compañía que la de este palo, que me ha regalado un pastor de mis tiempos, á quien encontré en Polan. ¡Figuraos si será viejo el hombre! Era yo un niño, y él un mocetón como un castillo que me llevaba á la pela por estos montes...

NELL

¿Pero vienes de Polan?

EL CONDE

Allí pasé la noche, en la cabaña de Martín Paz... Luego me he venido pasito á paso por el

filo del cantil, recordando mis tiempos. ¡Ah! Todos los caminos y veredas de este país me conocen; conócenme las breñas, las rocas, los árboles... Hasta los pájaros creo que son los mismos de mi niñez... Esta hermosa Naturaleza fué mi nodriza. No podréis comprender, niñas inocentes que empezáis á vivir, cuán grato, y cuán triste al mismo tiempo, es para mí recorrer estos sitios, ni cuánto padezco y gozo haciendo revivir á mi paso cosas y personas! Todo lo que me rodea páreceme á mí que me ve y me reconoce... y que desde el mar grande al insecto casi invisible, todo cuanto aquí vive, se queda en suspenso... no sé cómo decirlo... se para y mira... para ver pasar al desdichado Conde de Albrit. (Las dos niñas suspiran.)

DOLLY

Apóyate en mi brazo, abuelito.

NELL

En el mío.

EL CONDE

En los dos... Una por cada lado. Así... Me lleváis como en volandas.

ESCENA V

NELL y DOLLY; EL CONDE; SENÉN, que ha presenciado de lejos, oculto tras un árbol, el encuentro del abuelo y sus nietas.

SENÉN

¡Qué estropeado y qué caído está el viejo león de Albrit!... Hoy por hoy, no me conviene mal-

quistarme con él. Nunca se sabe de qué cuadrante sopla la suerte. (Viendo avanzar el grupo, se adelanta sombrero en mano.) Señor Conde, bien venido sea, mil veces bien venido, á la tierra de sus mayores. ¡Qué hermosa figura hace Vucencia en medio de estos dos ángeles!

EL CONDE, parándose.

¿Quién me habla?

NELL

Es Senén, papá.

DOLLY

¿No te acuerdas?

SENÉN

Senén Corchado, señor, el que fué... no me avergüenzo de decirlo... criado del señor Conde de Láin.

EL CONDE

¡Ah, lacayo! (Con súbita cólera, requiriendo el garrote.) ¿Vienes á que te dé dos palos?

SENÉN, retirándose.

¡Señor...!

NELL

Abuelito, ¿qué haces?

DOLLY

¡Si es de casa, si es nuestro amigo!

EL CONDE, reportándose.

Perdonadme, niñas queridas... he confundido sin duda... Y tú, Séneca, Cenón, ó como quiera que te llames, perdóname también... te he tomado por otro. Pensé que eras tú el infame que se permitió decirme... Ven acá, dame la mano. Tengo el genio poco sufrido...

SENÉN, dándole la mano.

Siempre fué lo mismo Vucencia.

EL CONDE

Luego, esta continua disminución de mi vista no me permite distinguir á los bribones de las personas honradas. La ceguera me hace irascible... ¿Y qué tal? Ya recuerdo que me hablaron de ti: sé que estás hecho un hombre.

SENÉN, con falsa humildad.

Aunque me iba muy bien en casa del señor Conde de Laín, me dió por abandonar la servidumbre y trabajar en cualquiera industria ó negocio...

EL CONDE

Muy bien pensado. Así se hacen los hombres. ¿Y qué eres ahora? ¿Zapatero?

SENÉN

Señor; no.

NELL

Papá, si es empleado.

DOLLY

Empleado de Hacienda con tantos miles de sueldo.

EL CONDE

Vamos, que tú querías ganar dinero á todo trance... El dinero lo ganan, Senén, todos aquellos que con paciencia y fina observación van detrás de los que lo pierden: fijate en esto.

SENÉN, inflándose.

La señora Condesa me consiguió un destino...

NELL

Mamá le ha protegido y le protege, porque es buen muchacho...

EL CONDE

La Condesa es una gran potencia. Nadie le niega nada. Ya sabes tú, picaruelo, á qué aldobones te agarras.

DOLLY

Aquí donde le ves, papá, es la economía andando, y mira por su ropa como una mujer.

EL CONDE

Séneca, digo, Senen, tú pitarás. Y ahora, ¿estás aquí con licencia?

SENÉN

He venido de Duranté para tener el honor de saludar al señor Conde de Albrit y á la señora Condesa de Laín, que también debe de llegar hoy.

NELL

¡Que viene mamá! (Despréndense las dos de los brazos de su abuelo, y saltan gozosas.)

DOLLY

¡Jesús, qué alegría!

NELL

Pues no sabemos nada. ¿Lo sabías tú, abuelito?

EL CONDE, pensativo.

Sí.

DOLLY, volviendo á coger el brazo de Albrit.

Vamos, á prisita.

NELL, inquieta.

Tenemos que arreglarnos.

SENÉN

Las señoritas han de ir al *hotel* del señor Alcalde, á esperar á su mamá.

NELL

¿Pero va mamá á casa del Alcalde?

DOLLY

¿Por qué no viene á la Pardina con nosotros, con abuelito? (Senén se encoge de hombros.)

EL CONDE

La Pardina no le parecerá á tu mamá bastante cómoda... En fin, no quiero que os detengáis por mí... Vamos, hijas mías.

NELL

¡Ah! Se me olvidaba... Amigo Senén, ¿querías hacernos un favor?

SENÉN

Todo lo que las señoritas quieran. ¿Qué es?

NELL

Subirse á aquel árbol á coger la Historia.

EL CONDE

¡Á coger la Historia!

DOLLY

El pícaro libro, que se echó á volar.

NELL

Jugando, lo tiramos al aire.

EL CONDE, gozoso.

Comprendo, sí... Estudiáis mirando al cielo... Senén, intrépido Senén, sube pronto, hijo... Anda, que cuando eras muchacho ya treparías más de una vez para coger nidos.

SENÉN (disimulando su disgusto, se quita la americana).

Allá voy.

NELL

Ten cuidado no se te rompa el traje.

SENÉN

Que es nuevo... ya lo ven.

DOLLY

¡Vaya un alfiler de corbata que te traes!... Por Dios, no te caigas.

EL CONDE

No temáis: éste sabe subir y agarrarse bien. Si cae, será porque le tiene cuenta.

SENÉN

Por ahora, señor Conde, me tiene más cuenta apoyarme bien en las ramas fuertes... Ajajá... Ya te cojo, Historia maldita.

DOLLY

Bájate pronto... (Desciende Senén á las ramas bajas, y se tira de un salto.)

NELL, cogiendo el libro.

Dios te lo pague. Vaya, sigamos.

DOLLY

¿No quiere el abuelito entrar por el pueblo?

EL CONDE

No, no: vamos por el atajo, que nos lleva directamente á la Pardina sin pisar las calles de Jerusa. No quiero ver gente, y menos jersanos.

SENÉN, poniéndose la americana.

¡Lástima no haber sabido antes que venía el señor Conde! El pueblo le habría preparado un buen recibimiento.

EL CONDE, con desdén.

¿A mí?... ¿A mí Jerusa?... Brrr...

SENÉN

Habría salido la música, el orfeón... No faltaría el arquito de ramaje; y luego *lunch* en la Casa Consistorial.

EL CONDE

Veo que eres un cursi tremendo. Conozco esos homenajes, que en otro tiempo, cuando los merecía y estaba en disposición de recibirlos, me halagaban, sí. Hoy me harían el efecto de una burla cruel. Antes de verme tan viejo y tan pobre como ahora, tuve ocasión de apreciar la villana ingratitud de mis compatriotas, los habitantes del Señorío de Jerusa. (Se detiene y suspira.) Veinte años ha, la última vez que aquí estuve, los colonos que habían llegado á ser ¡Dios sabe cómo! propietarios de mis tierras, los señoritingos nacidos de mis cocineras, ó engendrados por mis mozos de cuadra, me recibieron con frío desdén, que me llenó de tristeza y amargura. Dijéronme que la villa se había civilizado. Era una civilización improvisada y postiza, como la levita que compra el patán en un bazar de ropas hechas.

NELL

Papaíto, no olvida tu pueblo los beneficios que de ti ha recibido.

DOLLY

No los olvida, no. La calle principal de Jerusa se llama *de Potestad*.

NELL

La fuente de los cinco caños, junto á la iglesia, se llama *del Buen Conde*.

EL CONDE

¡Sí, sí, mi abuelo paterno. Historia, cosas pasadas que sólo dejan tras sí un letrado, una inscripción... Todo se borra, ¡ay! aun las piedras escritas. Cuando la roña y el musgo las empuecan, y se han criado en ellas cien generaciones de arañas y lagartijas, viene el progreso, y las manda picar para escribir otra cosa... ó aprovecharlas en una alcantarilla. No me quejo, no. Ese es el mundo. Rodamos todos hacia lo infinito.

SENÉN, enfáticamente.

Jerusa, por más que digan, no puede olvidar que debe su existencia á los Albrit de la Edad Media.

EL CONDE, meditabundo.

Y á mis abuelos y á mí todo lo que en ella es de algún valor. La casa Ayuntamiento, que era el primitivo palacio de los Condes de Lain, fué donada por D. Martín de Potestad, capitán de las galeras de Nápoles. La calzada de Verola y el puente sobre el río Caudó, obra fué de mi madre. Mi abuelo materno hizo el hospital y la casa-cuná; y yo traje las aguas riquísimas de Santaorra; levanté el muro de contención que defiende al pueblo de las avenidas del Caudó; fundé y doté la hermandad de Pescadores, haciéndoles además una dársena para abrigo de

sus lanchas; repoblé el monte comunal... sin contar otras mejoras de que ya no me acuerdo. ¿Y cómo pagaron mis paisanos tantos beneficios? Pues cuando me vieron mal de intereses, recargaban horrorosamente mis propiedades en todos los repartos de contribución, para obligarme á vendérselas... Y lo conseguían... En sus manos rapaces está todo.

NELL

Abuelito, no pienses cosas tristes.

DOLLY

¿No estás alegre de vernos y de tenernos á tu lado?

EL CONDE, deteniéndose para abrazarlas y besarlas con efusión.

¡Sí, sí, ángeles inocentes. Soy feliz con vosotras, y lo demás nada me importa.

SENÉN, con malicia indiscreta, que resulta más antipática por lo pedantesco de la expresión.

Y de que no seríamos justos achacando á Jerusa el pecado de la ingratitud, tenemos hoy una prueba elocuente, señor Conde, porque, sabida con antelación la llegada de la señora Condesa de Lain, se le prepara un recibimiento entusiasta, cual corresponde á quien tan grande fomento ha dado á los intereses materiales y morales de esta villa. Saldrá el Alcalde á la estación...

EL CONDE

Y se dispararán cohetes. Todo eso está muy en carácter.

NELL, impaciente.

¡Cohetes, música...! Vamos, vamos pronto.

DOLLY

Abuelito, por aquí, si quieres que vayamos derechos á la Pardina.

EL CONDE

¿Estamos ya en la loma que llaman la *Asomada*?

SENÉN

Sí, señor: de aquí se ve toda la villa; y si Vucencia quiere dar un vistazo á la población, en dos minutos estamos en la plaza.

EL CONDE

No, no. Gracias. Por esta otra calleja bajamos á la Pardina. (Deteniéndose y mirando al pueblo, que en aquel punto se ve totalmente, rodeado de arboledas y verdes lomas.) Sí, sí... te conozco, Jerusa; distingo un montón de tejados rojos y de ventanales blancos... más allá manchas de verde lozano. Eres Jerusa; te siento bajo mis pies, te huele al pisarte... Tu ingratitud me da en el olfato. Hiciste escarnio del que fué tu señor, aplicándole un mote burlesco... Pues ahora, el *león flaco de Albrit*, que nada te pide, que para nada te necesita, te manifiesta su desprecio con toda la efusión de su alma, no queriendo de ti ni un pedazo de tierra para sepultar sus pobres huesos. (Volviéndose hacia las niñas.) Si me muero aquí, que me lleven á enterrar á Polan, ó que me tiren al mar.

DOLLY

Papaíto, no es hoy día de cosas tristes.

NELL

¡Si estamos muy contentas!

EL CONDE, limpiándose una lágrima.

Sí, sí... Vamos, para que lleguéis á tiempo de presenciar los homenajes á vuestra mamá.

SENÉN

Por esta calleja llegamos en un instante á la Pardina.

EL CONDE

Conozco bien el camino... En este sitio, torciendo á la izquierda, dejamos de ver el mar. (Parándose á contemplar el Océano.) ¡Oh, qué hermosura! Es el amigo de mi infancia.

NELL

¡Y qué espléndido, qué azul! Hoy se viste de gala para recibirte.

EL CONDE

¿Sabéis por qué gozo tanto en mirarle? Porque le veo... es lo único que distingo bien, por razón de su magnitud. Desde que voy perdiendo la vista, hijas mías, mis pobres ojos no aprecian bien más que las cosas grandes... ¡Cuanto mayores son, mejor las veo! Quisiera que en el mundo fuera todo colosal, inmenso... Lo pequeño, creedlo, me entristece, me enfada...

(Se internan en la calleja.)

ESCENA VI

Sala baja en la Pardina. En paredes, techo y muebles, aspecto de venerable antigüedad, bien conservada.

GREGORIA, VENANCIO

GREGORIA, asomándose á una ventana.

Ya está aquí *Capitán*... ¡Oh!... allí vienen.
(Asustada.) ¡Jesús, lo que veo!

VENANCIO .

¿Qué?

GREGORIA

¡El Conde con ellas, el señor Conde!

VENANCIO

Sin duda ha venido á pie por el atajo del bosque. Es gran andarín.

GREGORIA

¡Pero qué viejo está! Mira, mira.

VENANCIO, mirando.

¡Y qué mal trajeado! Da pena verle... ¡Quien fué siempre la misma elegancia...!

GREGORIA

¿Sales á recibirle?

VENANCIO, con prisa.

Á escape... Prepárale café, que de fijo lo pide al entrar...

GREGORIA

Sí, sí...

VENANCIO, desde la puerta.

Y manda un recado al señor Cura, que nos dijo que le avisáramos en cuanto el Conde llegase...

GREGORIA, aturdida, sin saber á qué atender primero.

El café... recado al Cura... ¿Y la comida? Voy.
¡Pero si ya están aquí! ¡Jesús me valga!...

ESCENA VII

GREGORIA, EL CONDE, LAS DOS NIÑAS, SENÉN,
VENANCIO

GREGORIA, besando la mano al Conde.

Bien venido sea mi señor...

VENANCIO

Y que entre en su casa con bendición.

EL CONDE, con señorial bondad.

Gracias, gracias, mis buenos amigos Venancio y Gregoria. Me alegro de veros contentos y saludables... digo, como veros... (Mirádoles fijamente.) No, no veo bien más que las cosas grandes.

VENANCIO

¿Se sienta el señor aquí? (Conduciéndole á un sillón de vaqueta, junto á la mesa de nogal.)

EL CONDE

Donde quieras.

NELL

Y ahora nosotras, abuelito, hemos de vestirnos á escape...

EL CONDE

Sí, sí; no os detengáis.

DOLLY

Pronto volveremos, papaito... Vendrá mamá con nosotras... supongo.

EL CONDE

Sí, sí... (Las besa.) Hasta luego...

GREGORIA, dándoles prisa.

Vivo, vivo... Vais á llegar tarde.
(Vase Gregoria con las niñas.)

SENÉN

Yo también, con permiso del señor Conde, me retiro.

EL CONDE

Sí, sí... Ve á disparar cohetes...

SENÉN

Si el señor me necesita...

EL CONDE

No... muchas gracias... Y me alegro de que te ausentes... No, no es por nada ofensivo para ti, Seneca... ó Senén. ¿Te lo digo?

SENÉN

Nada que usía me diga puede ofenderme.

EL CONDE

Pues deseo que te marches, porque... Hijo, gastas un perfume, que marea. Los aromas demasiado fuertes me dan vahídos... Dispénsame (dándole la mano, y acariciando la de Senén), perdóname que te despida con una impertinencia.

SENÉN, desconcertado.

Señor... unas gotitas de heliotropo...

EL CONDE

No he dicho nada... Abur.

SENÉN, aparte, retirándose.

Malas pulgas trae el *león flaco de Albrit*.

ESCENA VIII

EL CONDE, VENANCIO

Larga pausa. El Conde inclina la cabeza sobre el pecho, y se cubre los ojos con la mano. Venancio permanece en pie, á bastante distancia, contemplándole.

EL CONDE, alzando la cabeza y llevándose la mano al pecho, en que siente opresión.

¡Ay, Venancio! La emoción que he sentido al entrar aquí, no me deja respirar... (Venancio sus-

pira y calla.) No creí volver á verte, casa mía, casa bendita de mis mayores, de mi madre... No esperaba recibir en mi alma esta ola de vida, formada por los recuerdos, embate de calor y de salud, que al pronto reanima al ser caduco; pero después... mata, sí, mata. La memoria me abruma, el sentimiento me ahoga.. (Vuelve á pasarse la mano por los ojos.) No debí venir, no, no.

VENANCIO

Señor, los recuerdos de la Pardina serán gratos para Vucencia.

EL CONDE, señalando á la derecha.

En esa alcoba nací yo... En ella nació también mi madre, y en la de arriba murió... No sé si es que me engaña mi poca vista; parece que nada ha variado, que los muebles son los mismos... ¡Qué ilusión!

VENANCIO

Poco hemos cambiado. Se conserva todo á fuerza de cuidado y aseo.

EL CONDE, con profunda tristeza.

Aquí pasé mi infancia, al lado de mi madre, que enviudó á los pocos días de mi nacimiento... Heredero de los Condados de Albrit y de Lain, ¡cuántas veces, joven, en la plenitud de la vida, y con todo el verdor de las ilusiones fomentadas por la grandeza de mi linaje; cuántas veces, solo, con mi esposa, ó con mis amigos, vine á pasar alegres temporadas en la Pardina! En aquel tiempo tú eras un niño. Tus padres, y otros padres de gentes ingratas que an-

dan por esos mundos en diferentes oficios, eran entonces mis servidores. En mi veáis al señor, al rey de la Pardina, y hasta cierto punto, al amo de toda Jerusa... Pasó tiempo; creció mi hijo Rafael. Correspondieronle por muerte de su madre, y según el fuero de Lain, este Condado y esta casa... Yo volví á la Pardina: ya no era el señor; mas era el padre del señor, y tú, ya grandecito, y los demás servidores de esta antigua casa, me mirabais con respeto, con cariño, con veneración. El Conde de Albrit, poderoso todavía, os remuneraba vuestros servicios con la noble largueza que era en él habitual.

VENANCIO

Siempre fué Vucencia el primer caballero de España.

EL CONDE, con melancólica dignidad, levantándose.

Pues hoy, el primer caballero de España, el generoso y grande, viene á pedirte hospitalidad. Vicisitudes y trastornos que no quisiera recordar, esta revolución crónica que hace y deshace los Estados y las familias, y todo lo trueca y baraja, te han dado á ti la propiedad de la Pardina. En ella entro yo á pedirte albergue, no como señor, sino como desvalido sin hogar, abandonado de todo el mundo. Si me la das, ya sabes que has de hacerlo por pura caridad, no por remuneración ni recompensa. Soy pobre; todo lo he perdido.

VENANCIO

El señor Conde viene siempre á su casa, y nosotros, hoy como ayer, somos sus criados.

EL CONDE, se sienta.

Gracias... Te lo digo tranquilo y sin ninguna afectación, pues con la realidad no caben juegos de retórica. He llegado á los escalones más bajos de la pobreza; pero por mucho que des-cienda, no he llegado ni llegaré nunca al des-honor. Fuera de la decadencia material, soy y seré hasta el último día lo que fui.

VENANCIO

Y yo igualmente, hoy como ayer, servidor humilde del señor D. Rodrigo.

EL CONDE

Te lo agradezco, créeme que te lo agradezco en el alma... Pero... bien mirado, es tu obligación, y cumples como cristiano. Todo lo que eres y todo lo que tienes me lo debes á mí.

VENANCIO

Sin duda.

EL CONDE

No haces nada de más en ampararme... en ver en mí á tu señor, y en respetar, no sólo mi nombre y mi historia, sino mi ancianidad, mis achaques... Las desgracias, hijo mío, me han hecho algo quejumbroso, algo impertinente. Mi genio altivo se exagera cada día más con la pérdida de la vista... No puedo sofocar mis ímpetus de absolutismo, de persona acostumbrada á mandar.

VENANCIO

Bien, señor.

EL CONDE

Y á ser obedecida.

VENANCIO

También tengo el hábito de la obediencia... Y ante todo, señor, ¿en qué aposento quiere Vuecencia dormir?

EL CONDE

Arriba, en la alcoba que fué de mi madre.

VENANCIO, contrariado.

¿La que da al pasillo grande? La tenemos llena de trastos.

EL CONDE

Pues sacas los trastos y me metes á mí.

VENANCIO

Señor, es un trastorno...

EL CONDE, sulfurándose ligeramente.

¿Ya empezamos?

VENANCIO

La hemos convertido en secadero: allí colgamos las judías...

EL CONDE, sulfurándose más.

Pon las judías en otra parte. ¿Vale tan poco mi persona que no merece... una molestia insignificante de las señoras hortalizas?